

DIARIO 16. 13/05/2019

[Óscar Iglesias Fernández](#)

En los últimos años, se han incrementado las noticias relacionadas con personas o grupos organizados que se niegan a vacunar a sus hijos. Así, hemos podido leer titulares como: *“Una madre prefiere la cárcel antes que inmunizar a su hijo. La mujer de Michigan perdió un juicio contra su exmarido en 2016 y tiene hasta este miércoles para cumplir la sentencia”*, *“200 familias se niegan a vacunar a sus hijos”*, *“Los antivacunas franceses preparan una demanda colectiva contra las farmacéuticas. Una asociación intenta resucitar el bulo que relaciona inmunización con autismo”*.

Estas noticias, no son extravagancias o meras anécdotas, como podría pensar más de uno. Es un problema de salud pública al que tienen que hacer frente los gobiernos de manera urgente y decidida, si no queremos sufrir un problema de salud de dimensiones importantes.

Se pueden entender los miedos, o las creencias de determinadas personas, que llevan a dudar de las vacunas. Pero hay que diferenciar estos sentimientos y emociones, de lo que es la salud y la ciencia, es decir, de lo que supone la utilidad de las vacunas y la inmunización para prevenir y controlar muchas enfermedades infecciosas.

Como señala la OMS, la vacunación no solo evita los sufrimientos y muertes causados por enfermedades infecciosas como la neumonía, la diarrea, la tos ferina, el sarampión o la poliomielitis, sino que también posibilita la consecución de prioridades nacionales como la educación y el desarrollo económico.

Por eso, frente a los que hablan de libre elección o de bulos no científicos, hay que recordarles que el bienestar general, y de las personas, está por encima de su irresponsabilidad. Una irresponsabilidad, que parece lejana cuando escuchamos que un niño de 6 años de Oregón, tras hacerse un corte en la frente, casi muere por no estar vacunado del tétanos.

Pero que empieza a preocupar más cuando, en el año 2015, vimos como un niño de 6 años falleció en un hospital de Barcelona por difteria, el primer caso de esta enfermedad en España en casi 30 años, porque no estaba vacunado contra esa enfermedad por decisión de sus padres, que aseguraron sentirse «engañados» por los grupos «antivacunas», según reflejaba el periódico que daba la terrible noticia.

Una irresponsabilidad, que aumenta en los países más ricos y desarrollados, y que provocó que en los primeros 6 meses de 2018, más de 41.000 niños y adultos padecieran sarampión en Europa. Un número de casos superior a los registrados en cualquiera de los años completos de la última década. Y con tres datos a destacar. El primero, que provocó al menos la muerte de 37 personas. El segundo, que el 80 por ciento de los casos no se habían vacunado. Y el tercero, que esto pasó mientras a nivel mundial la mortalidad por sarampión ha disminuido en un 84 por ciento: de 550.000 muertes en el año 2.000 a 89.780 en el año 2016, gracias a la vacunación acelerada.

Por tanto, no vacunar a un hijo, no solo es malo para el menor, sino que también afecta a quienes le rodean y a la sociedad en su conjunto, porque debilita la inmunización colectiva.

En positivo, se puede recordar que la inmunización evita entre dos y tres millones de muertes cada año. Pero si se mejora la cobertura de vacunación a nivel mundial se podrán evitar otros

1,5 millones de muertes, según la Organización Mundial de la Salud. Además, las vacunas, pueden contribuir a limitar la propagación de la resistencia a los antibióticos, que es una gran amenaza para la salud pública.

La inmunización es un acto de solidaridad individual, pero también colectiva hacia la sociedad en su conjunto que estará más protegida, y especialmente hacia las personas enfermas que no pueden hacerlo. Hay que ser solidario. Pero por si acaso, los gobiernos deben actuar para garantizar la salud pública.